

LA PSICOLOGÍA DEL CHISTE Y DE LO CÓMICO¹. (1911c).**Sándor Ferenczi**

El interés que los médicos conceden al chiste y a lo cómico no data de ayer. Los médicos antiguos, cuyas enseñanzas se han mantenido durante un milenio, recomendaban muy seriamente hacer reír a los enfermos para estimular las contracciones del diafragma y favorecer así la digestión. Sin embargo, no tengo el propósito en esta conferencia de iniciar a mis oyentes en los medios y técnicas de la diversión. Por el contrario, trato deliberadamente de destruir el efecto ejercido por el chiste y lo cómico sobre el oyente ingenuo. Desempeño el papel de un personaje típico del *Borsszem Jankó*² la graciosa caricatura del profesor Tömb, que, en lugar de permitir a sus alumnos degustar las obras poéticas en toda su originalidad, las narraba a trozos, destruyendo su belleza con sus análisis filológicos y estéticos. Este programa les permitirá saber por anticipado que hoy no habla por mi boca el médico solícito y dispensador de cuidados, sino el psicólogo. Deseo presentarles una obra del profesor Freud que trata del chiste.³

Como toda caricatura, la del profesor Tömb contiene también un fondo serio. Lo que este filósofo realiza involuntariamente, o sea, hacer odioso con sus análisis lo que era bello, cubriéndose así de ridículo, el profesor Freud lo hace deliberadamente y saca de ello un prodigioso material psicológico. Antes de Freud, muchos autores se han interesado por el problema del humor, muchos han contribuido de forma importante a la psicología del placer mediante el humor, pero se han contentado siempre con una visión unilateral del problema creyendo haber tratado su conjunto. La obra de Freud, por el contrario, abarca toda la complejidad y la profundidad de los problemas implicados, de manera que podemos considerar al gran maestro de la ciencia y de la terapéutica psicológicas como un pionero en el campo de la estética.

El método que ha elegido para analizar el humor es por sí mismo un detalle genial: podríamos llamarlo, aludiendo a lo que precede, “el método del profesor Tömb”. Freud ha pensado que si queremos descubrir lo que suscita el buen humor y estimula la risa en el chiste, debemos ante todo establecer si es el contenido o la forma, la idea o el modo de expresión, o ambas a la vez, los que encierran ese factor hasta el presente indeterminado que incita al oyente a excitar sus músculos hilarantes con una fuerza tan irresistible. Ha tratado, pues, de determinar si todas las gracias, incluso las mejores, pueden ser “saboteadas”, es decir, presentadas de una forma que las despoje de toda calidad cómica, aun reproduciendo fiel y completamente su contenido. Si ocurre esto, resulta evidente que no es el contenido sino la forma o, como dice Freud, la técnica, la que caracteriza al chiste. Freud concluye sorprendentemente que, con ayuda de estos procedimientos que llama “reducción del chiste”, cualquier gracia puede ser despojada de sus cualidades cómicas; en otros términos, ningún chiste es lo suficientemente bueno para que una técnica adecuada no pueda acabar con él.

Veamos cómo Freud hace una demostración sobre una obra de teatro muy conocida. Es uno de los “Cuadros de viaje” de Heine, “Bäder von Lucca”, figura un cierto distribuidor de lotería y callista de Hamburgo llamado Hirsch-Hyacinthe, que desea brillar ante el poeta por su parentesco con el rico barón Rothschild evocando la altivez de este último; al final concluye: “y tan cierto como que Dios me ve, estoy

1.- Conferencia pronunciada en Budapest, en la “Escuela Libre de Ciencias Sociales”. Publicada en “Populare Vorträge über Psychoanalyse”, cap. VII.

2.- Semanario humorístico húngaro. La traducción literal del título sería: “Juanito-grano-de-pimienta”.

3.- Freud: *Der Witz und seine Beziehung zum Unbewussten*, 2. ed. Viena, 1921.

sentado al lado de Salomón Rothschild y me trata como a un verdadero pariente, como a un famillionario”. Si Hirsch-Hyacinthe había dicho: “Rothschild me ha tratado como a un pariente, familiarmente, aunque él sea millonario”, el efecto cómico habría sido nulo. Tal efecto resulta exclusivamente de la condensación de la contracción de ambas palabras. Para visualizar la cuestión, escribamos una palabra debajo de otra, como dos números a sumar, y hagamos la suma de modo que cada sílaba sólo figure una vez en el resultado:

familiar
millonario
famillionario⁴

¿Qué ha pasado, en realidad? Simplemente que el chiste ha conseguido mediante una asociación acústica superficial condensar en una sola palabra dos conceptos diferentes, el de familia y el de riqueza, es decir, evocar las dos ideas con una sola palabra. ¿Cómo explica Freud el efecto hilarante de tal condensación en los oyentes? La risa, como lo muestra en numerosos ejemplos, está provocada porque el esfuerzo intelectual necesario, ya desencadenado, para asociar las ideas de familia y de millonario, se ha hecho inútil bruscamente gracias a la condensación, de manera que la tensión nerviosa destinada a la reflexión es economizada y comprendida en forma de excitación motriz de los músculos de la risa, es decir, descargada mediante la risa.

Para distinguir un “buen” chiste de uno “malo”, les pondré un ejemplo de la segunda especie. En un periódico infantil que vi por casualidad, leí la siguiente historia: existe un país extraño en el que viven toda clase de animales extravagantes: los canarrinocerontes vuelan por el aire, un conejopato agita sus alas, etc.; y tenemos suerte de que no hay un tigriz por los campos. Esta condensación de palabras une nociones muy alejadas entre sí, pero, bajo la asociación superficial, no las aproxima en ningún sentido profundo; tal ensamblaje puede pasar por una astucia y hará sonreír, pero es poca cosa para ser un chiste.

Sin embargo, lo que importa es que incluso una tal condensación de palabras exclusivamente fundada sobre la acústica y sin ninguna relación significativa puede hacer sonreír. Es la prueba evidente de que el efecto hilarante de los juegos de palabras resulta de un momento de abandono en el que economizando provisionalmente un serio esfuerzo lógico “jugamos” con las palabras como acostumbrábamos a hacerlo en la infancia. Sin embargo, la censura lógica se moviliza rápidamente contra estas gracias sin contenido profundo, de manera que no suscitan ese buen humor a menudo explosivo que provoca un buen chiste. La censura no autoriza el buen humor más que en el caso de que el autor de la palabra logre disimular una relación intelectual más sutil bajo la relación acústica superficial. El contenido intelectual consigue corromper a los más celosos vigilantes del proceso del pensamiento lógico, y mientras roen el hueso intelectual que se les ha arrojado, el niño escondido en nuestro inconsciente explota ampliamente la situación y nos reímos de buena gana de habérsela “jugado”, en toda la amplitud del término, a la lógica, ese censor que pesa tanto sobre nuestro humor.

Aquellos de ustedes que ya han oído hablar del análisis psicológico del sueño, se sorprenderán de la gran analogía existente entre el trabajo del sueño y el del humorista. En el sueño, como en el chiste, el hecho consciente, es decir, el contenido consciente del sueño o el texto del chiste, no adquieren su sentido ni permiten la interpretación si no hallamos el contenido latente del sueño o el sentido oculto del chiste. El móvil del sueño y del chiste tiene raíces infantiles; en consecuencia, tanto nuestras fantasías nocturnas como la creación de un chiste y el placer de oírlo, no obedecen a un orden lógico riguroso, sino a las asociaciones de ideas más superficiales. La experiencia de los análisis de los sueños nos enseña que este carácter superficial de las asociaciones es más intenso en el sueño que en el chiste que se elabora en estado y vigilia; sin embargo, ocurre que el sueño lleva a cabo asociaciones y condensaciones de palabras que podían pasar fácilmente por chistes.

En uno de mis propios sueños, por ejemplo, figuraba la palabra “hippolitaine”, que a primera vista puede parecer un conjunto de sílabas desprovistas de sentido. El análisis me permitió reconocer allí una condensación de las palabras Hyppolite Taine, hipopótamo y metropolitano, respondiendo así perfectamente

4.- Contrariamente a lo que ocurre en francés, en alemán y húngaro la ortografía abarca la fonética. (N. d. T.).

a la técnica de los juegos de palabras por condensación.

Precisamente ha sido su trabajo sobre la interpretación de los sueños el que ha conducido a Freud a preguntarse por el chiste; es instructivo saber cómo ha llegado hasta allí.

Cuando Freud publicó su *Ciencia de los sueños* y el método de libre asociación que se aplica allí sistemáticamente, tuvo la sorpresa de ver a muchas personalidades científicas, algunas de gran valor, reaccionar con sonrisas piadosas; los más cortos se reían abiertamente de él. Presentaban exactamente el comportamiento de esos neuróticos que se defienden con la risa de las verdades desagradables puestas al descubierto por la interpretación de un sueño.

La mayoría de las personas que desearían fueran acogidos con agrado sus conocimientos pacientemente reunidos durante décadas, reaccionarían llamando severamente al orden a los que se burlaran, desvelando sin piedad su ignorancia y su inconsciencia; en una palabra, rebatiéndolos enérgicamente. Pero no así Freud. Este estallido de risa general le pareció un fenómeno psíquico digno de ser analizado científicamente; no cejó en su empeño hasta establecer que si los ignorantes son propensos a reírse de la mayoría de los sueños y de sus interpretaciones, es porque el sueño y el chiste tienen el mismo origen psíquico -la capa inconsciente de los impulsos infantiles rechazados- y los mismos mecanismos y medios psicotécnicos.

Utilizando una condensación humorística, podría decir que frente a la burla, Freud reaccionó escribiendo el libro que arrojó seguidamente sobre sus ridiculizadores.

No puedo extenderme sobre todas las variedades de juegos de palabras. Quien lea el libro de Freud, y lo recomiendo a todos quienes deseen informarse mejor sobre el problema siempre que sepan apreciar la perfección formal de una obra científica magistralmente elaborada, podrá convencerse de que todas las variedades de chistes llamados juegos de palabras, es decir, el humor que se apoya en el “doble empleo de un mismo material” o el “sobrentendido”, obedecen a las mismas leyes fundamentales que los juegos de palabras por condensación antes mencionados. Todo suscita el buen humor mediante el juego infantil con las palabras, mientras que el sentido que contienen las asociaciones de palabras y las repeticiones absurdas sirve por una parte para desbaratar la censura, y por otra para aumentar el efecto humorístico exagerando en primer lugar el esfuerzo de asociación que, apenas incidió, se hace superfluo, lo que permite su economización y la descarga mediante la risa.

Como ejemplo citaré un único juego de palabras extraído de un número bastante antiguo del “*Borsszem Jankò*”, en el que intervienen a la vez “el doble empleo de un mismo material” y “el doble sentido”.⁵ “Louis Olay rehúsa saludar al ministro Erdélyi, pero declara también que respeta su persona. En este respeto, nada de saludo”.

El humor reside en la última frase. Si el autor hubiera expresado la misma idea de manera diferente, escribiendo, por ejemplo: “¿Cómo el pretendido respeto puede compaginarse con la resistencia a saludar al ministro?”, hubiera podido tratarse de un editorial o de un suelto, pero no de un chiste. El efecto humorístico se debe al cambio de las palabras respeto y saludo en la primera y última parte, repetición agradable en el chiste, igual que en las buenas rimas, las aliteraciones, los refranes o los ritmos; se trata casi de una supervivencia de nuestra pasión infantil por las repeticiones y el agradecimiento. Un efecto doblemente humorístico de este juego de palabras proviene del doble sentido de la palabra saludo. Acostumbramos a emplearla fundamentalmente en un único sentido: el de salutación; pero cuando el autor de la broma escribe saludo en vez de salutación, aclara bruscamente el parentesco de dos términos tan alejados por su sentido, economiza de este modo un trabajo de asociación y suscita nuestra risa inmediata.

Sin embargo, el juego de palabras es sólo una forma de chiste, y no la más eficaz. Otros tipos de humor provocan una risa más estrepitosa y proporcionan mayor placer; las llamamos -en oposición a los juegos de palabras- palabras ingeniosas. Veamos un ejemplo: “Adolfo y Mauricio discuten violentamente, y luego

5.- El sentido del chiste queda ligeramente modificado por la traducción. La traducción de juegos de palabras plantea problemas fáciles de comprender. Hasta tal punto que en la versión inglesa de este artículo aparecida en “*Further Contributions to the Theory and Technique of Psychoanalysis*”, Hogarth Press, este pasaje ha tenido que ser suprimido. (N. d. T.).

se separan. Cuando Mauricio llega a su casa, halla escrito sobre su puerta en grandes caracteres: “cerdo”. Vuelve rápidamente a casa de Adolfo y deja allí... su tarjeta de visita”.

¿Qué es lo que nos hace reír en esta broma? ¿Por qué nos parece oportuna e inteligente? Después de todo, puede aparecer absurdo que el ofendido responda al insulto grosero con un gesto de cortesía, la entrega de su tarjeta de visita. La respuesta natural y espontánea de Mauricio hubiera sido la de ir a casa de Adolfo y escribir a su vez: “el cerdo eres tú”. Sin embargo, esto no habría sido un rasgo ingenioso, sino una réplica directa y grosera. La cortesía absurda y fuera de lugar se convierte en chiste al interpretar Mauricio intencionadamente mal el insulto pintado en su puerta, dando a entender que consideraba la inscripción como la tarjeta de visita de Adolfo. Ello le ha permitido disfrazar su réplica con un gesto de cortesía, es decir, expresar su verdadera intención hacia su contrario, de forma que su proceder absurdo parezca plausible, mediante un malentendido no del todo inverosímil. ¿Qué medios técnicos son exactamente éstos? Situaciones absurdas, errores de interpretación, faltas de lógicas y de todo tipo de juicios y deducciones características del pensamiento infantil, fraudulentamente introducidos por un momento en el mundo intelectual prudente y razonable de los adultos. Acrecienta todavía más el efecto de esta broma el hecho de que la réplica directa, pensada en un principio y tan característica de las peleas infantiles, se encuentre allí, aunque sea deformada. “Si tú emborronas mi puerta, yo emborronaré la tuya”, dice para sí Mauricio, y actúa en consecuencia. Dicho esto, no debería quedar nada de la chanza, una vez desvelados todos sus medios técnicos y habiendo echado una ojeada entre bastidores, en cierto modo. Pero sin embargo constatamos que, incluso contada de esta forma, la historieta suscita el buen humor, mostrando que la broma no ha sido destrozada definitivamente, que oculta aún algo. Pero este algo no es un chiste, ni la unión de lo absurdo y de lo sensato, sino solamente una situación cómica. Consideramos cómica y risible la impotencia de Adolfo imposibilitado de proseguir la pelea por el gesto cortés de una tarjeta de visita, a pesar de la intención ofensiva que no podría dejar de percibir tras la cortesía, y si añadimos que toda esta larga explicación no es más que el análisis de un solo gesto, la entrega de la tarjeta de visita, no podemos dudar de que este chiste sea efectivamente un modelo de condensación. Todos estos artificios son necesarios para llegar a suspender por un momento el funcionamiento represivo del psiquismo humano predispuesto a la seriedad y adaptado a las realidades de la vida, y para recrear de forma mágica la infancia alegre, simple y pronta a la risa.

Estas bromas por desplazamiento son los mejores chistes: una cuestión intencionalmente malinterpretada, desviaciones sorprendidas por un camino imprevisto y la utilización de un doble sentido. Exactamente de este modo es como el trabajo del sueño desplaza las interioridades psíquicas de lo principal a lo accesorio. Los demás síntomas del chiste: la representación por lo contrario o lo sobreentendido, las competencias y el rozamiento mediante sofismas ejercen todos un efecto humorístico porque desvían momentáneamente nuestro juicio, permitiéndonos economizar de este modo un esfuerzo de rechazo que ya había sido desencadenado por la costumbre.

La tesis de Freud parece paradójica, pero, sin embargo, es verdadera: en el fondo nunca sabemos lo que nos hace reír en un chiste; uno de los trucos esenciales del humorista experimentado consiste en desviar la atención de los verdaderos motivos del efecto cómico. Si analizamos los chistes llegamos a la extraña conclusión de que algunos de ellos no brillan ni por su contenido intelectual ni por los medios técnicos utilizados y, sin embargo, causan mucho efecto. Examinándolos de cerca, resulta que son siempre bromas con un sustrato agresivo o sexual, y, a veces, escéptico o cínico. Las bromas de sustrato agresivo o sexual nos parecen tanto más divertidas cuanto menos dejen prever su contenido intelectual o su cualidad técnica.

Freud ha acertado al deducir que estas tendencias latentes en cada uno de nosotros, cargadas intensamente de efectos, pero en su mayoría rechazadas en el inconsciente y de las que nuestro pensamiento consciente se aparta con desagrado o incluso con indignación, aprovechan la ocasión para manifestarse en su forma primitiva; dicho de otra manera, van acompañadas de placer desde que con ocasión de un juego de palabras infantil o de una falta de razonamiento, el rigor de la censura psíquica se relaja momentáneamente. En los chistes con sobreentendido, la técnica humorística sólo desempeña un papel de cebo, de condimento, siendo la principal satisfacción la suspensión provisional de la censura ética. Este alivio del humor puede resultar tan intenso que algunas bromas agresivas y sobre todo de contenido sexual pueden provocar el buen humor

en una reunión durante muchos minutos incluso con medios técnicos bastante deficientes.

Cuanto más bajo es el nivel cultural de la sociedad, más grosero debe ser el sustrato agresivo o sexual para alcanzar su objetivo. Pero incluso en la sociedad refinada se escuchan y se propalan con predilección chistes que no difieren en absoluto de las bromas groseras del vulgo, si responden a determinadas exigencias estéticas, si los sobreentendidos son sutiles y, sobre todo, si la broma consigue desorientar momentáneamente a la censura por su apariencia intelectual y moral.

Incluso tras haber establecido estas verdades fundamentales del efecto humorístico, a la vez revolucionarias y de una simplicidad inesperada, se queda uno sorprendido por la exquisita sensibilidad y la penetración que Freud demuestra en el análisis del chiste como fenómeno social. El humorista profesional, y esto puede confirmarlo cualquier neurólogo, es por lo general un ser de carácter desequilibrado, nervioso, que se defiende de sus propias imperfecciones intelectuales y morales, de su propio infantilismo, desvelando su contenido para él y para los demás bajo la forma de un disfraz humorístico. No hay que extrañarse de que su propia broma no le haga reír, contentándose con sufrir el contagio del buen humor de los demás. Pero tanto mayor es el placer del oyente a quien se ofrece todo como un regalo.

Esta forma primitiva de las bromas agresivas de contenido sexual, muy extendida en las capas inferiores de la sociedad, no se contenta con dos personas sino que necesita como mínimo tres: una mujer, objeto de la agresión, y dos hombres, uno de los cuales desempeña el papel de agresor y el otro el del público. Tratándose de agresión sexual, la presencia del tercero, del público, debería representar un estorbo; y, en efecto, el objeto de la broma consiste en desarmar, en sobornar al público, en hacerle cómplice incluso, procurándole un placer gratuito y colocándolo, como se dice en Budapest, en primera fila. En las sociedades más refinadas, la mujer no participa personalmente en este tipo de diversiones, pero nunca está ausente mentalmente de ellas.

Cuando los miembros de una sociedad se agrupan según el sexo, siempre hay algún hombre que lanza la última broma sexual, señalando el comienzo de una oleada ininterrumpida de chistes equívocos. Y es curioso constatar que aquellos mismos cuyas concepciones morales rígidas descartan con firmeza toda comprensión que les obligaría a admitir que también ellos abrigan tendencias opuestas al humanismo o la ética, inventan, escuchan y difunden con gran placer las bromas de contenido cruel o sexual, traicionando para el iniciado -sin darse cuenta de ello- gran parte de su personalidad profunda, desconocida posiblemente para ellos mismos.

El chiste desempeña un papel no sólo en los círculos reducidos, sino también en las grandes reuniones. Todo orador, todo demagogo sazona a menudo su discurso; y no sólo para provocar un placer estético; parece que confirman la verdad de que un argumento débil convence más fácilmente al auditorio cuando se expone con gracia. Por el contrario, no existe personalidad lo suficientemente honorable, ni tendencia política o científica lo suficientemente digna de respeto, que no pueda ser desprestigiada mediante un buen chiste. La muchedumbre sacrifica toda a sus placeres, hoy y hace dos mil años. *¡Panem et circenses!*

Los chistes más eficaces son aquellos con contenidos que suspenden momentáneamente el rechazo moral de cada uno de nosotros. Pero estas bromas con sobreentendidos, en las que debido a un obstáculo exterior -por respeto a una persona presente-, por ejemplo, se renuncia a la agresión directa, disimulándola en forma de chiste, tienen a menudo también un poderoso efecto cómico. Citaré como ejemplo, siguiendo a Freud, la broma llamada del "Serenísimo": el soberano que pasa revista a una guarnición de provincias es advertido por su ayuda de campo de la presencia de un soldado conocido por su gran parecido con el soberano. El soberano, acercándose al soldado, le pregunta con intención irónica: "¿Sirvió vuestra madre en la residencia de mi padre?" "Ella no, mi padre sí", responde el soldado.

Esta respuesta, inocente en apariencia, es la más cruel de las réplicas respecto al honor de su madre, pero al mismo tiempo, y gracias a su aire inocente, salva al soldado de las penosas consecuencias de un crimen de lesa majestad. Y nosotros los espectadores nos regocijamos con ello, pues nos agrada ver a una autoridad escarnecida, y con tanto acierto que no puede derivarse de ello ningún castigo.

Además del contenido intelectual, la habilidad técnica y el sobreentendido, aumenta bastante el efecto

humorístico la actualidad. El juego de palabras sobre el asunto de los saludos entre el diputado Olay y el ministro Erdélyi era más llamativo en 1880, cuando lo publicó el “Borsszem Jankò”, que hoy. Por el contrario, el chiste de interés actual causará más efecto hoy que dentro de algunos años cuando el acontecimiento se haya olvidado. El efecto agradable de la actualidad se explica, según Freud, por el placer de la repetición, igual que en ciertos tipos de bromas, juegos de palabras o chistes antes mencionados.

Si a continuación dedico menos tiempo a otro tipo de experiencia psíquica hilarante, la psicología de lo cómico, es porque sigo fielmente la obra de Freud que trata este capítulo de la psicología de manera menos exhaustiva y sólo considera detalladamente las diferencias entre el chiste y lo cómico.

Mientras que las bromas con sobreentendidos exigen tres personajes, el autor del chiste, el objeto de la burla y el público, la situación cómica se conforma con dos: el que presenta el carácter cómico y el que lo percibe y se ríe. El chiste es fabricado por el hombre; después de una idea, se produce en nuestra conciencia un momento de “vacío intelectual”; durante este tiempo, la idea se introduce en el inconsciente y sólo emerge condensada, desplazada, llena de errores y de asociaciones superficiales, en forma de chiste elaborado. El taller psicológico donde se fabrica el chiste es, pues, el estrato de los funcionamientos psíquicos inconscientes. Para conseguir el efecto cómico no es necesario esta inmersión; el escenario de su origen es accesible a la conciencia, puede localizarse en este estrato psíquico escapando parcialmente al punto focal de la atención, que Freud llama la capa preconscious.

Un ejemplo característico de lo cómico lo proporciona la ingenuidad, que se expresa en el lenguaje y en los actos de los niños y de las personas incultas. Por ejemplo, en el “Kakas Marton”,⁶ hay un personaje infantil llamado Samuel, si no me equivoco, que constantemente acosa a su madre con preguntas de este tipo: “Mamá, ¿es tan pobre verdaderamente papá?”. “¿Por qué, memo?”, responde la madre. “Porque el señor de enfrente dice que comparte el lecho con la vecina”.

Cuando oigo este tipo de cosas -suponiendo que esté seguro de que el niño no ha disimulado voluntariamente sus pensamientos secretos en forma de broma-, es la estupidez y la ignorancia del niño las que me hacen reír; con más exactitud, comparo mi propia ciencia a la ignorancia del niño con el que por un instante me identifico. En consecuencia, la tensión intelectual o la cantidad de energía sin la que no me puedo pasar más que si, por un momento, “soy o vuelvo a ser niño”, se hace inútil y puede descargarse en risa. El notario de Peleske⁷ nos parece cómico porque imaginamos cuál sería nuestra ignorancia pueril si también tomáramos los sucesos que se desarrollan en el teatro por la realidad, y quisiéramos lanzarnos al escenario para arrancar a Desdémona de las manos de Otelo. Son estas comparaciones las que dan su valor cómico al personaje demasiado torpe, demasiado bruto con una nariz muy grande, con una cabeza muy pequeña, con automatismos motrices o mentales o demasiado distraído. En todos estos casos, comparo mi estado real al que tendría si me colocara en lugar del personaje cómico, y es la diferencia cuantitativa de trabajo intelectual superfluo la que se descarga en risa, acompañada de una sensación placentera.

La situación cómica corresponde también a la toma de conciencia repentina de una diferencia de estos géneros; sin embargo, no se sitúa entre mi yo y otra persona, sino entre dos situaciones donde estaría presente un tercero. Resulta cómico, por ejemplo, que una persona se encuentre bruscamente molesta por una necesidad natural imperiosa en el curso de una conversación intelectual profunda y abstracta.

Un tercer tipo de situación cómica ridiculiza al hombre que se equivoca en su espera, incitando a la risa no sólo al público sino también a la víctima. El hombre se ríe de su propia tontería, de su falta de reflexión, digamos de su infantilismo, cuando sin razón verdadera ha considerado segura la satisfacción antes de tiempo. En el hecho cómico de la revelación, intervienen también las tendencias agresivas.

Entre el chiste y la comicidad voluntaria se sitúa la ironía, la manera más vil de hacer reír. Es suficiente con decir siempre lo contrario de lo que se piensa, expresando al mismo tiempo el verdadero pensamiento

6.- Diario humorístico húngaro de la época.

7.- Ferenczi se refiere aquí al héroe de una larga obra poética del escritor húngaro Gvadányi que habla de un notario de provincia que visita la capital. (N. d. T.).

mediante la mímica, el gesto o la entonación. El hombre irónico no dice “tienes mala suerte”, sino “tienes *buena suerte*”. Nunca dice “no creo que puedas aprobar este examen”, sino “ya veo que vas a aprobar este examen si no trabajas más”, etc.

El humor, otro medio de hacer reír, es más noble. Para hacernos captar su naturaleza, Freud parte de la constatación de que no siempre somos capaces de reírnos de un chiste o de un efecto cómico. Si tenemos preocupaciones, si estamos tristes, si el tema de la broma nos afecta de cerca, el mejor chiste, la situación más cómica no conseguirán hacernos desarrugar el ceño, que en todo caso nos producirá una risa “amarga”. No ocurre lo mismo con el hombre dotado de humor. Supera su propia amargura, sus dificultades, sus emociones, y, economizando de este modo gran cantidad de “trabajo” afectivo, le queda bastante para sonreír o reír cuando los demás se abandonarían a los afectos depresivos. La cumbre del humor es el llamado humor negro o macabro; quien es capaz de él, ni siquiera la proximidad de la muerte puede abatirle hasta el extremo de que no pueda reírse de su situación. Sin embargo, “elevarnos” por encima de las cosas equivale a degradar, rebajar y tachar de “chiquillada” cualquier obstáculo del camino; esta megalomanía es idéntica a la del niño que intenta escapar a la penosa conciencia de su pequeñez mediante fantasías de grandeza.

Freud asimila al infantilismo, en consecuencia, tanto el chiste como lo cómico y el humor.

El autor del chiste juega con las palabras; de esa forma intenta que se acepten las inconveniencias y las tonterías; el actor cómico se comporta como un niño torpe e ignorante, y el humorista toma como modelo las fantasías de grandeza de los niños.

Dicho de otro modo, el chiste provoca el placer mediante la economía del trabajo de rechazo, lo cómico mediante la economía del trabajo intelectual, y el humor mediante la economía del trabajo afectivo; y los tres parecen sumergirnos por un instante en el mundo ingenuo de la infancia, “el paraíso perdido”.

El único objeto de esta comunicación es despertar su apetito e incitarles a leer la obra de Freud en su forma original. La verdadera satisfacción sólo se obtendrá mediante un estudio más profundo de la psicología del chiste y de lo cómico.

(**Sandor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo I, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984**).

..

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.